

ANEXO 3

La Antártida: un continente lleno de vida

Dejando atrás el Atlántico, los navegantes se adentran en un mundo de frío, fuertes vientos y planeos continuos sobre las olas. Es aquí donde la soledad se hace más intensa y real, y donde es necesario reforzar la vigilancia estando bien atento para descubrir los grandes icebergs, los growlers y otros peligros. Sin embargo, es aquí también donde se abre un paisaje inhóspito, con una gran biodiversidad que se presenta como una de las pocas reservas naturales que quedan en el planeta.

La Antártida se encuentra situada en el polo Sur geográfico de nuestro planeta, por debajo de los 60º de latitud. Ocupa un área de 13,8 millones de km² y se encuentra cubierta de una gruesa capa de hielo, acumulada durante milenios. El hielo cubre el 98% de su superficie y tiene un grosor medio de 2,7 km, y un máximo de casi 4 km en el centro del continente. La Antártida mantiene en su ámbito el 70% del agua del planeta o, dicho de otra forma, el 90% de todo el hielo y es la reserva más importante de agua dulce. Pero en los últimos años, observamos cómo el cambio climático afecta esta región generando el deshielo, por lo que se prevé que suba el nivel del mar en muchos lugares del planeta. Durante muchos años, el continente antártico se ha convertido en el destino final de muchos aventureros y expedicionarios, dada la gran cantidad de recursos que acoge. De hecho, los primeros exploradores que fueron a la Antártida hace más de dos siglos quedaron impresionados por su riqueza y biodiversidad.

Biodiversidad en la Antártida

La presencia de vida en la Antártida está fuertemente condicionada por la temperatura, hecho que genera que sean pocas las especies que puedan adaptarse a condiciones tan duras. Por esta razón, es en el medio marino donde encontramos una gran riqueza de organismos. De hecho, los mares que rodean la Antártida esconden el ecosistema más productivo y, a la vez, más frágil del planeta. Su riqueza depende de las corrientes de afloramiento que condicionan la cadena trófica y que tienen su base en el kril, un organismo del plancton. Otros organismos que forman parte de esta cadena son esponjas, nidarios, anélidos, equinodermos y moluscos, entre los invertebrados. Por lo que a los vertebrados se refiere, encontramos peces y aves como el albatros, el petrel y el pingüino. Respecto a los mamíferos, hay especies como las focas y los cetáceos.

El grupo de los cetáceos engloba varias especies de las que un gran número vive en la Antártida. Estas no son residentes permanentes, ya que durante el invierno migran hacia latitudes más templadas para reproducirse y alimentarse y vuelven en verano cuando el alimento es más

abundante. En el grupo de los cetáceos encontramos rorcuales, ballenas, cachalotes, orcas y delfines.

La Antártida, un ejemplo de protección ambiental

Con el fin de proteger este continente virgen, en 1959 se firmó el Tratado Antártico en el que se declara que este territorio no es propiedad de nadie. De ese modo, los países firmantes se comprometen a cumplir las recomendaciones recogidas en dicho tratado, que no acepta reivindicaciones territoriales y asegura la preservación del continente prohibiendo la explotación de sus riquezas durante cincuenta años.

Durante ese periodo, el personal científico solo lo puede utilizar para la investigación relacionada con los sistemas naturales y fenómenos de trascendencia planetaria, como el estudio de la evolución del agujero en la capa de ozono. Dicho tratado establece por primera vez en la historia de la humanidad, la protección de un bien natural antes de haber sido degradado. A pesar de todo, muchos países generan una fuerte presión para conseguir la explotación de sus recursos. Intentar prorrogar este tratado es uno de los retos que actualmente debe conseguir la humanidad.

Fuente: <<http://zonajoven.barcelonaworldrace.org/multimedia/docs/2010/11/10pa.pdf>>.

Realidad y perspectiva amazónica

El valor de la conservación como parte de una estrategia de desarrollo sostenible

El Área Silvestre de Alta Diversidad de la Amazonía y los *hotspots* de diversidad del Cerrado y los Andes suministran al mundo servicios ecológicos mediante su biodiversidad, reservas de carbono, recursos hídricos y regulación climática. Localmente, los recursos biológicos de la región brindan sustento e ingresos a los habitantes mediante el aprovechamiento de los peces, fauna terrestre, frutos y fibras. Pero también –como ecosistema natural intacto– aportan un gran valor a la economía mundial. Lamentablemente, los sistemas actuales de producción tienden a ser explotadores, enfatizando retornos económicos a corto plazo que, por lo general, son cíclicos, así como de índole económica y ecológicamente insostenible.

La flora y fauna de la Amazonía tienen un valor intrínseco evidente, si bien hay límites en cuanto a la capacidad de la biodiversidad para generar ingresos de forma directa. No obstante, esta tiene un papel irremplazable de respaldo de las economías locales y tiene potencial para el crecimiento económico mediante emprendimientos comerciales tales como la piscicultura y el ecoturismo. El activo económico más grande –y todavía no explotado– de la Amazonía, sin embargo, lo constituyen sus reservas de carbono, que se estiman en un valor de 2,8 billones de dólares si se monetizaran en los mercados actuales. Más allá de este cálculo teórico, existe el potencial para

generar ingresos utilizando modelos más realistas contemplados en el contexto de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático. Por ejemplo, si los países amazónicos accedieran a reducir sus tasas de deforestación en un 5% anual cada año durante treinta años, esto podría calificar como una reducción en las emisiones de gases causantes del efecto invernadero y generar alrededor de 6,5 millones de dólares anualmente por la duración del convenio. Distribuido de manera equitativa entre los aproximadamente mil municipios de la Amazonía, este monto equivaldría a cerca de 6,5 millones de dólares al año por comunidad y se podría invertir debidamente en salud y educación, los dos aspectos prioritarios para la mayoría de las comunidades.

La sostenibilidad social

Nadie puede negar la necesidad, urgente y palpable, de brindar a los habitantes de la Amazonía condiciones de vida dignas. Los cambios inminentes que generarán las inversiones de la IIRSA, en combinación con los mercados mundiales, decididamente tendrán un gran impacto en los habitantes actuales de la Amazonía, en particular, las comunidades tradicionales y los grupos indígenas que dependen de los ecosistemas naturales para su subsistencia.

Desde un punto de vista positivo, los proyectos de la IIRSA reducirán enormemente el aislamiento de las comunidades rurales y promoverán crecimiento económico y nuevas oportunidades comerciales. La historia demuestra, sin embargo, que estos beneficios no se distribuirán equitativamente y, en ciertos casos, podrían marginar aun más a los pobres de áreas rurales si no se toman precauciones adecuadas. Por ejemplo, los corredores camineros estimularán la migración de cientos de miles, o incluso millones, de personas a la región; los nuevos inmigrantes competirán por los recursos con las comunidades tradicionales, la mayoría de cuyos residentes no están debidamente preparados para dicha competencia con inmigrantes más sofisticados. La titulación en derechos reales y el reconocimiento de los derechos tradicionales de uso serán vitales para garantizar que los residentes actuales y las comunidades indígenas no lleven las de perder en la reestructuración eventual –e inevitable– de la sociedad amazónica.

La rapidez del cambio cultural también aumentará la incidencia del alcoholismo, el suicidio, la prostitución y el VIH. Los residentes locales deberán estar capacitados para competir en las economías modernas y funcionar bien en las nuevas sociedades. Asimismo, será necesario abordar temas de salud: el aumento de los incendios forestales incrementará el riesgo de enfermedades respiratorias relacionadas con la inhalación de humo y los patógenos del bosque se propagarán hacia los nuevos asentamientos humanos. Ninguno de estos es un asunto insignificante y todos

deberán ser enfocados como parte integral de los planes de desarrollo sostenible a fin de garantizar la creación de una sociedad saludable en la Amazonía.

Transporte fluvial

Uno de los puntos de mayor énfasis de la IIRSA es la renovación y mejora de hidrovías (ríos o canales navegables, para transporte). Esta promoción del transporte fluvial tendrá menos impactos negativos que la construcción de carreteras y la creación de puertos ribereños y supondrá impactos moderados. No obstante, una hidrovía amazónica revitalizada conllevará, potencialmente, un aumento de la densidad demográfica a lo largo de ríos mayores y menores. Esto, con casi absoluta certeza, derivará en un incremento de la presión por pesca e, incluso, podría fomentar un aumento de la deforestación tanto en bosques de tierras altas como en bosques inundables.

Las inversiones de la IIRSA en construcción de represas para la generación de energía ejercerán un impacto permanente a largo plazo en decenas o centenas de especies migratorias de peces. El embalse de grandes afluentes del río Amazonas podría tener efectos catastróficos en la migración de peces y en sus poblaciones y causar enormes consecuencias económicas.

Servicios ecológicos

Los ecosistemas del bosque amazónico, los Andes y el Cerrado brindan servicios ecológicos al mundo mediante su biodiversidad, sus reservas de carbono y sus recursos hídricos. Es difícil estimar el valor económico de estos recursos debido a su índole intangible y a la tendencia de los economistas tradicionales a descontar bienes y servicios que no pueden monetizarse en un mercado tradicional. Un método para valorar los servicios ecológicos es estimar sus costos de reemplazo; en palabras simples, ¿cuánto le costaría a la sociedad reemplazar dichos bienes y servicios? o, si estos son irremplazables, ¿cuánta riqueza se ha perdido? Pese a la dificultad de medirlos de manera precisa, existe pleno consenso en el sentido de que los servicios ecológicos son extremadamente valiosos para la sociedad en escala mundial y continental, si bien los mecanismos de mercado y la naturaleza humana tienden a descontar o incluso a desestimar ese valor cuando se toman decisiones a escala local. La creciente preocupación acerca del cambio climático global y la extinción de la biodiversidad ha estimulado esfuerzos para estimar el valor de los servicios ecológicos y crear mecanismos mediante los cuales las comunidades que opten por conservar hábitats naturales sean compensadas por otras comunidades que gocen los beneficios de dichos servicios.

Fuente: <<http://www.iiap.org.pe/Upload/Publicacion/PUBL907.pdf>>.